
Evangelio y cultura de la solidaridad

*Gustavo Baena B., S.J.**

La presente exposición tiene un doble propósito: 1. Precisar y objetivar lo que realmente es “Evangelio”, según el Nuevo Testamento, a fin de evitar el riesgo de la confusión o ambigüedad y el caer en un lenguaje piadoso o religioso (no crítico). 2. Lograr alguna claridad sobre por qué, cuando se habla de Evangelio objetivado, debe entenderse una cultura de auténtica solidaridad. Con este segundo propósito lo que se quiere es hacer eco a lo que expresa la Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II sobre la comunidad humana (Primera parte, capítulo segundo, números 23-32) y sobre el sano fomento del progreso cultural (Segunda parte, capítulo segundo, números 53-62). En lo referente a las categorías de cultura, manejo de la cultura y valores me atengo a la manera como las trata el Concilio.

1. ¿QUE ES “EVANGELIO”?

Al escuchar esta palabra, lo que espontáneamente viene a nuestra mente es el grupo de los cuatro evangelios conocidos. Ahora bien, estos cuatro se escribieron precisamente para anunciar el “Evangelio”. Es un anuncio narrativo y a base de tradiciones recogidas en las diferentes comunidades primitivas, con el fin de mover a una intencionalidad consciente.

En consecuencia, se impone la pregunta: ¿qué es “Evangelio”? El término es casi que de uso exclusivo de las cartas atribuidas a Pablo. En efecto, de las setenta y dos veces que aparece en el Nuevo Testamento, es posible diferenciar sesenta en

* Doctor en Teología, Universidad Javeriana, Bogotá; Licenciado en Sagrada Escritura, Comisión Bíblica, Roma; Diplomado en Sagrada Escritura, Escuela Bíblica, Jerusalén; Profesor de Sagrada Escritura, Universidad Javeriana, Bogotá.

los escritos directamente paulinos, incluyendo los de los discípulos del Apóstol.

En 1 Corintios 15, 1-4 leemos: “Os recuerdo, hermanos, el Evangelio, que os prediqué, que habéis recibido... Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras”. Así se expresa el núcleo fundamental de lo que era realmente el cristianismo, de la comprensión en los primeros días de la Iglesia.

Podríamos hacer una formulación del texto en términos directos y de una manera más sencilla: “Cristo murió y resucitó para transformarnos, para cambiarnos”. El acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesucristo no es sólo algo que sucedió hace veinte siglos en un momento determinado, sino que es un acontecer, que transforma la humanidad.

Ahora bien, ¿cuándo sucede la muerte y resurrección de Jesús, como acontecimiento que salva y que transforma? Podemos responder sencillamente: Es un acontecimiento que sucede en el momento en que sucede, en que transforma y cambia. No es, pues, un acontecer en un momento puntual, sino un suceso en el cambio de humanidad.

Este acontecimiento, que transforma y que cambia, es precisamente lo que la primera comunidad cristiana designaba con el nombre de “Evangelio”. Pablo no fue el primero en darle este nombre, sino que lo recibió. Esto da a entender que la comunidad ya llamaba con este nombre al acontecer salvífico, en cuanto salvífico. En esto el Apóstol no es original; puede serlo en la manera como va entendiendo, desde su propia experiencia, el acontecer de la muerte y resurrección de Jesús en el cristiano.

¿A qué realidad se refiere el anuncio? Lo que Pablo llama “Evangelio” ciertamente es una fórmula, una expresión verbal. Se preguntaría, entonces, por su contenido real. En el manejo de los textos bíblicos, particularmente en los del Nuevo Testamento, existe el principio hermenéutico, según el cual las fórmulas nunca expresan una especulación abstracta ni una mera hipótesis ni simplemente doctrinas o credos, sino que se refieren al proceder de un acontecer ya sucedido y experimentado; algo que ya está objetivado en la realidad misma, como un suceso en un momento dado.

En respuesta a la pregunta indicada, es conveniente fijar la atención en la manera como Pablo maneja el término “Evangelio” en sus cartas. En ellas el acontecer real de la muerte y la resurrección de Jesús, que cambia sucediendo y sucede cambiando, es el bautismo (la vida bautismal). El Misterio pascual o cristiano

siempre está haciendo referencia a la realidad bautismal. En la Carta a los Romanos y a los Gálatas esto se ve claramente.

En Romanos 6,3 leemos: “¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados (sumergidos) en Cristo Jesús (el Resucitado), fuimos bautizados (sumergidos) en su muerte?”. Pablo tiene una conciencia diferenciada del acontecer mismo. En éste y otros textos tan primitivos y que reflejan la vida de la primera comunidad cristiana parece verse con claridad que todavía no se celebraba el bautismo con el signo del agua. Aquí el líquido, en el cual está sumergido el cristiano, es Jesucristo mismo. ¡La metáfora paulina es extraordinaria! A través de esta expresión tan impresionante, Pablo está indicando que el bautismo es una saturación de Jesucristo. Algo así como una esponja, cuando se sumerge en agua. El ser humano, sumergido en Jesucristo, queda tan lleno de El, que el mismo Jesucristo sale de su ser, como salen de la esponja las gotas de agua.

Ser bautizado o sumergido en Cristo Jesús se entiende en referencia al Resucitado. El ser bautizado o sumergido en su muerte se entiende: en el Crucificado. En síntesis, la objetivación de la fórmula “Evangelio” es aquí: muerte que salva, resurrección que transforma, inmersión en Cristo Resucitado e inmersión en Cristo Crucificado.

En la misma Carta a los Romanos 8,9 Pablo afirma: “Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece”. Es otra manera de comprender la saturación de Cristo. Generalmente y según los críticos, cuando Pablo menciona en sus cartas el Espíritu Santo o el Espíritu, se está refiriendo al Resucitado mismo, quien da el Espíritu y se comporta como Resucitado, al darlo. En consecuencia, el hombre bautizado es saturado de Cristo, porque en él habita el Espíritu del Resucitado. Al hacerse consciente de esta habitación, comprende la relación del Espíritu con él y se abre a El y se deja saturar por El.

En Romanos 10,9 se nos ofrece otra formulación de la vida bautismal: “Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo”. Entendemos hasta qué punto el “Evangelio” se va objetivando, no es cosas o discursos, sino en las personas mismas, saturadas por la muerte y resurrección de Jesús y transformadas por El, en la medida en que el Resucitado habita en ellas y las cambia. Es un credo de la Iglesia primitiva: “Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor”, es decir el que se hizo dueño de ti y te posee. Si confiesas con tu boca ese acontecer del Señor que te satura, entonces “serás salvo”. ¿Qué quiere decir “ser salvo”? Pablo utiliza una terminología muy propia de él y enormemente densa, no sólo por sus contenidos, sino también por la frecuencia con que aparece en sus escritos. Es la terminología de la libertad, de la liberación. El hombre se libera de toda esclavitud, en la medida en que se va sometiendo a la

dominación del Resucitado, que es el Señor.

Podemos encontrar una fórmula más en 2 Corintios 4,9s: “Perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”. Una vez más se ve cómo el bautismo, como acontecer, es un fenómeno, por el cual el Espíritu del Resucitado, al habitar en las personas, las va transformando. “Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús”: No es morir en un sentido trágico, del dolor por el dolor. Pablo identifica el “morir de Jesús” con su gloria. Para él el acontecer más claro de la realidad del Dios actuante en nuestra tierra es el Crucificado, el Liberado.

Para ahondar en este sentido de la muerte de Jesús, podemos citar la Carta a los Filipenses 2, 6-8: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz”. “No retuvo “ honores; en concreto: el honor de ser igual a Dios. “Condición de siervo”: cuerpo de pecado. Entonces ¿qué es la cruz? Unos versículos antes había afirmado: “Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás” (Filipenses 2,3s). La cruz, en cristiano, es, por consiguiente, una entrega incondicional al servicio, por la fuerza del Espíritu del Señor. Es la cruz en términos existenciales. No buscar honores ni el juego tan espantoso y estrangulante de los intereses. Es el servicio humilde e incondicional a los demás, considerando cada cual a los demás, como superiores a sí, es decir, como que ellos tienen una transparencia de Dios para mí. Esta es la vida bautismal. Se comprueba realmente que el “Evangelio” no es una fórmula, sino que es esa vida bautismal no abstracta. Es el cristiano que vive el bautismo, que vive el “Evangelio”. Personas, no discursos o meras palabras; personas que transparentan la realidad de Jesús y por ello son “sacramento” de la claridad del Señor, de una verdad anunciante.

2. EVANGELIO Y SOLIDARIDAD

En lo anterior llegábamos a la conclusión de que el bautismo es una formulación que se objetiva en el cristiano, que vive la transparencia de Jesucristo. En virtud del principio hermenéutico, mencionado antes, a esta formulación (doctrinal) ha de corresponder una realidad existencial. ¿Cuál es, pues, esta realidad? En las cartas paulinas es la comunidad cristiana, como espacio donde el hombre se libera de sus búsquedas de intereses y busca el interés, los derechos y la defensa del otro.

Es preciso profundizar en lo que es ese espacio comunitario. Quizás no

hemos ido más allá del fenómeno grueso, visible; no nos hemos detenido en la razón objetiva, por la cual seres humanos pueden llegar a ser realmente solidarios con los demás.

¿Qué no es comunidad? No es un equipo, ni un club, ni una sociedad de beneficencia, ni una transitoria convivencia, ni es trabajar juntos, ni comer juntos, ni divertirse juntos, ni vivir juntos bajo un mismo techo, ni dormir juntos, ni vivir juntos, ni rezar juntos. Por otra parte, no se niega que estos elementos sean signos, que pueden favorecer la vida comunitaria.

¿Qué es ónticamente la comunidad? Es salir de sí mismo, trascenderse en el otro, ser para el otro, servir dándose hasta la humillación y esto por la fuerza de la acción del Resucitado. Todo esto se expresa con una sola palabra: Solidaridad.

¿Qué es solidaridad en el Nuevo Testamento? En respuesta a esta pregunta, voy a comentar los análisis de Bultmann al respecto. Solidaridad es Dios Padre, que lleva sobre sus hombros, en la persona de Jesús, la fragilidad de la humanidad caída. Esto quiere decir que si uno quiere entrar en ese ritmo del mismo Dios, si quiere ser solidario, tiene que echarse encima el problema ajeno, como si fuera propio; el pecado del otro, como si lo hubiese cometido.

Ahora bien, si la solidaridad es la objetivación del bautismo y el bautismo es el "Evangelio", esto quiere decir que "Evangelio" es la realidad de la comunidad cristiana solidaria, en cuanto solidaria. En consecuencia el anuncio del "Evangelio" es un testimonio y no sencillamente un discurso o una comunicación verbal de un concepto. Es la realidad que se dice ella misma. Es la explicación, en discurso, del fenómeno mismo de la conversión siendo solidario. Por eso la validez del discurso evangelizador y teológico está en la coherencia del mismo con la onticidad fenoménica del hombre convertido en solidario. Es la transparencia lo que adquiere autoridad de verdad. Así entendido el discurso evangelizador y teológico se constituye en episteme.

San Pablo nos indica cómo debe ser el anuncio del Evangelio. En 1 Tesalonicenses afirma: "Ya que os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión. Sabéis cómo nos portamos entre vosotros en atención a vosotros". El Apóstol nos está diciendo que es la transparencia de la solidaridad lo que anuncia el "Evangelio".

En 1 Corintios 2,4s nos dice: "Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios". El anuncio es una transparencia de ese empuje que le da el

Espíritu del Resucitado a una persona, para que se lance hacia el otro. Esta es la comunidad, la solidaridad. Es, pues, un anuncio con la realidad misma, no con discursos de sabiduría humana. Es la realidad, la que es capaz de dar autoridad de verdad, no la ilación lógica. Por lo tanto el discurso evangelizador no tiene consistencia, si no se fundamenta en la solidaridad misma, que es propiamente la conversión cristiana.

Todo lo anterior da a entender que el “Evangelio”, como anuncio de una realidad objetiva, es la comunidad solidaria. Y así la solidaridad no es una abstracción, sino el “Evangelio” objetivado. Es un acontecer, que consiste en que seres humanos viven conscientes y responsablemente en función de la necesidad del otro, para aliviarlo de esa necesidad que padece, con el don de Dios, que cada cual posee.

Si, pues, la objetivación del “Evangelio” es una solidaridad auténtica (Nuevo Testamento), que necesariamente se desata en un espacio, es decir, en la comunidad solidaria, se sigue que el “Evangelio” objetivado, en cuanto auténtica solidaridad, es un estilo de vida, un modo propio de vivir, no separado de humanidad, sino tipificante de la misma.

Con esto nos acercamos a la manera como el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes* trata la cultura, como un modo de vivir propio, en el cual se transforma al ser humano (cf. n. 53). Aquí, en términos evangélicos, es la cultura de la solidaridad. Y más que una cultura sería el alma de toda cultura humana; el campo cultural donde el hombre puede llegar a ser realmente hombre.

Ahora bien, una cultura es a la vez o resultante o concomitante de un tejido o escala de valores, entendiendo por “valor” algo que se busca conscientemente. Estos valores son los que sustentan y configuran cultura.

Si desdobláramos la solidaridad, como se entiende en el Nuevo Testamento, encontraríamos esa escala de valores. Estos serían: defensa del otro más que la defensa propia; defensa del derecho del otro, no la defensa de mi derecho; sensibilidad ante el dolor, la miseria y el defecto del otro; valoración de lo que el otro es; sentir necesidad teórica y prácticamente del otro; no tratar de ser autosuficiente ni de retener personas, dones o bienes; capacidad de sacrificio, de entrega, de resistencia; no búsqueda sutil de intereses propios, sino de los del otro.

Pero estos valores, ¿dónde se producen o se crean o se educan o se viven? Solamente en comunidad, porque es precisamente en ella, donde se hacen posibles, por el poder o el dominio del Resucitado vivo en las personas y en el grupo comunitario. El Vaticano II en la *Gaudium et Spes* 61,2 habla de la familia, como cuna de la cultura, como fuente alimentadora de la educación cultural íntegra del hombre. Es preocupante que nuestra nueva evangelización se reduzca a tocar muchas cosas y no

vaya a lo neurálgico, a la familia, como el lugar, donde se crean y viven los valores en su propio ambiente.

Si la comunidad como espacio único de la cultura de la solidaridad es obra exclusiva del dominio del Resucitado y si la solidaridad es ante todo lo típico del ser humano (no del inhumano), quiere decir, entonces, que la cultura de solidaridad en comunidad cristiana interesa no sólo a los cristianos, sino a todo hombre como tal.

Por eso la cultura de la solidaridad, como objetivación del "Evangelio" y su anuncio, es un criterio operativo de limpieza típico y de la originalidad del propósito de Dios con el hombre, que transforma las posibles torceduras o cortedades espontáneas y naturales de las culturas humanas, haciéndolas más humanas, más limpias, sin que éstas pierdan sus valores, ni su autonomía, ni su originalidad étnica, ni su raigambre ancestral.

De esa manera, ser cristiano no es una etiqueta sobrepuesta, ni segregante de lo humano, sino lo humano en su auténtica limpieza original (negación de lo inhumano).

Por eso Jesucristo no interesa sólo a los cristianos, ni es de los cristianos, sino que es tipo de humanidad y, a su vez, causa capaz de crear verdadera humanidad.

Podemos hacernos unos interrogantes finales: ¿Es posible esperar cambios de fondo, reales cambios de mentalidad y de comportamiento, fuera de un espacio comunitario solidario, fuera de una cultura realmente solidaria? ¿Es posible crear una cultura de solidaridad con los más débiles, sin el poder transformador de Jesucristo vivo en las personas y en las comunidades? En otros términos: ¿Es posible esperar una cultura de solidaridad verdadera, sin comunidad cristiana? ¿Es posible, más aún, pensar en una cultura solidaria, si la matriz creadora y educadora de valores de esa cultura, que es la familia cristiana no es intensamente cristiana? ¿Es posible pensar en una nueva evangelización, si no se tienen en cuenta estos interrogantes?